

¿AGONÍA DE LA CULTURA?

por Ignacio Ramonet

Bifurcación

Agonía significa lucha, combate. En el momento en que el conjunto de los aspectos intelectuales de la civilización occidental parece agonizar, ¿cómo no preguntarse en qué luchas, en qué combates está comprometida la cultura? Intelectuales, artistas, creadores, cada uno de ellos percibe bien, una vez más, que las sociedades occidentales llegan a un punto de bifurcación.

La hora de la elección suena de nuevo, pero faltan las señales para orientarse con certidumbre en el instante de declive que precede al final de un tiempo y al nacimiento de una nueva era. “Entramos en una época en la que las certidumbres se desfondan —constata Edgar Morin. El mundo está en una fase particularmente incierta porque las grandes bifurcaciones históricas no se han tomado aún. No se sabe hacia dónde se va. No se sabe si habrá grandes regresiones o si van a desarrollarse guerras en cadena. No se sabe si un proceso civilizador conducirá a una situación planetaria más o menos cooperativa. El porvenir es muy incierto.”

Nos hallamos, pues, en el corazón de un tiempo-encrucijada. Llegados a uno de esos puntos de bifurcación en que las reglas culturales fundamentales, que dan ritmo a la vida y al pensamiento de los hombres, cambian, se modifican. Todo se ha trastornado.

Necesitamos cuestionar certezas, revisar las prácticas, comprender los nuevos parámetros de los tiempos actuales. Las sociedades europeas siguen navegando en la modernidad sin un fin definido y sin una representación clara de su porvenir: ¿pueden permitirse una reflexión profunda y a largo plazo?

Sería una locura renunciar a ella. Porque estamos saliendo de un universo de simples determinismos y entramos en un mundo de complejidad en el que la incertidumbre, la estrategia y la innovación parecen fuertemente ligadas. Pero su imbricación nos aparece como un enigma. Comprender es hoy la apuesta capital. Cada cual constata que, por ejemplo en economía, los equilibrios globales

dependen menos de voluntades firmes y de decisiones centrales que de mecanismos de regulación extremadamente delicados, determinados con frecuencia por lo que se denomina “mercado global” y por las lógicas de la mundialización. En resumen, muchas de las decisiones se toman a ciegas y los dirigentes políticos gestionan a tientas.

La crisis está también ahí, en esa incapacidad mental, intelectual, conceptual para calibrar incluso las dimensiones. El crecimiento débil y el paro de masas en una economía abierta crisan a la sociedad y condenan a sus dirigentes a emprender estrategias amplias sobre problemas urgentes. La sociedad europea se ha encontrado no solamente sin crecimiento, sino peor aún, sin proyecto. “Nadie sabe hoy —constata Simón Nora— cuáles son las impulsiones del centro que desencadenan los despegues o la inversión.”

Los efectos del progreso técnico y las consecuencias sociológicas de la expansión durante el período 1945-1975 (éxodo rural y descristianización, culto al ocio y liberación de las costumbres, explosión de los medios audiovisuales y de la comunicación) hicieron saltar estructuras espirituales seculares y destruyeron referencias culturales muy antiguas. El aumento del nivel de vida, el progreso en el campo de la salud, la modificación de la idea de felicidad condujeron a una especie de abandono de los valores que impregnaban el conjunto del cuerpo social europeo. y la creciente mundialización de la economía y de la cultura ha difuminado cada vez más el marco nacional; el propio patriotismo desapareció, porque descansaba sobre todo en la identificación entre Estado y sociedad.

La cultura de masas triunfa, en particular la que imponen los grandes medios, las televisiones y la publicidad. Lo que viene a reforzar la homogeneización de todos los europeos, pero destruye los particularismos nacionales en beneficio del modelo estadounidense. “¿Sufrimos la homogeneización de las costumbres y la estandarización cultural que extienden de forma irresistible sobre Europa jeans, shirts, westerns, seriales, shows,

hamburguers, coca, pepsi, pampers, self-services, supermercados? –se pregunta Edgar Morin, antes de responder–: de hecho, la americanización es el aspecto más gráfico y más ostensible de un proceso salido de la misma Europa: el del desarrollo capitalista que transforma todo lo que toca en mercancía; el del desarrollo industrial, que estandariza todo lo que integra; el del desarrollo tecnoburocrático, que despersonaliza todo lo que cae bajo su poder; el de la urbanización a ultranza, que desintegra las antiguas comunidades y atomiza las existencias en la “masa solitaria.” Este proceso, que ya ha corrompido y arruinado tantas culturas en el mundo, ataca ahora a nuestras culturas...”

De esta forma, despojados de las indispensables referencias culturales, desorientados, desidentificados, los ciudadanos afrontan la actual crisis en las peores condiciones mentales. Porque la nueva jerarquía de los Estados que se diseña en el mundo se basa menos en la potencia militar para el control de las materias primas, como era el caso hasta hoy, que sobre una aptitud mental para asimilar la amplitud de las mutaciones y de las innovaciones tecnológicas y para conseguir el máximo provecho de los nuevos mecanismos de los mercados.

El ritmo de la revolución tecnológica es cada vez más rápido. Su aceleración transforma, por contacto, todas las actividades de la sociedad. Cuando asistimos, a causa del vaivén en el universo de la información, a una desmaterialización creciente de las actividades tanto económicas (explosión de los mercados financieros) como culturales (explosión de las nuevas televisiones digitales, de videojuegos, de Internet), ¿serán capaces los ciudadanos de hacer frente a todas las incertidumbres?

Los principales bloqueos son indiscutiblemente culturales. El verdadero problema es operar, en una sociedad traumatizada por el ritmo de la innovación, el desbloqueo de la inteligencia socioeconómica, es decir, de los problemas culturales en sentido amplio. Puesto que para iniciar este «desbloqueo» sin duda es necesario retomar, con mirada crítica, el hilo de la construcción de los principales parámetros culturales, y reconsiderar la edificación de la modernidad en Europa.

Razón contra fe

Si en el transcurso de los años cincuenta y sesenta los ciudadanos asimilaron el desfundamiento de los valores tradicionales y celebraron con frecuencia este desfundamiento como una liberación, ello fue porque, al mismo tiempo, los antiguos valores eran reemplazados por algunas creencias esenciales –el progreso, la ciencia– basadas en la omnipotencia de la razón. El retorno de la razón al campo de la cultura europea data del fin del medioevo, mil años después del entierro de la cultura grecolatina bajo el modelo judeocristiano.

El enfrentamiento entre la cultura grecolatina y la tradición judeocristiana se produjo entre los siglos XV y XVI. A este choque se lo llamó: Renacimiento. Dos conceptos ferozmente antagónicos –fe y razón– chocaron frontalmente. La fe exige el respeto literal por las sagradas Escrituras, expresión directa de Dios. Es ésta la base de la disciplina reina, la teología, que vigilaba la ortodoxia contra toda forma de pensamiento y castigaba a los desviados (excomunió, hoguera, Inquisición, suplicios). La Iglesia, guardiana de la interpretación de los textos, imponía el dogma, organizaba la vida, reinaba en los espíritus, dictaba las normas de la moral, la ciencia, la estética y el derecho, definía el bien, lo verdadero, lo bello y lo justo.

El Renacimiento acaba con la supremacía absoluta de la teología. La emergencia del pensamiento racional favorece la distinción entre filosofía y religión, entre humanismo y cristianismo. El humanismo hace del hombre “la medida de todas las cosas”, el sujeto central de ese Universo que tiene vocación de dominar. La verdad lógica, resultado de la deducción, va a oponerse a la verdad dogmática, fruto de la revelación. El humanismo se extiende entonces, con la gran fuerza que le da la potencia científica y técnica. Galileo, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Copérnico se dedican a tratar de comprender las leyes del Universo. Liberados de la presión de la fe, se ocupan de una tarea estrictamente profana: dominar la naturaleza. El progreso se convierte así en una nueva religión, que puede conseguir la felicidad en la Tierra. La ciencia aporta una nueva lucidez, a veces paradójica, como la que deriva de “no creer a nuestros ojos, creer únicamente en

nuestro cerebro.” En el siglo XVIII, el Siglo de las Luces se edifica un sistema de pensamiento: el racionalismo, que acabará por destruir la superstición, la religión y los poderes arbitrarios. Se asiste entonces a la edad de oro de la circulación de los saberes mediante los viajes, la correspondencia y las conversaciones (“los salones”). La República de las Letras expande un nuevo sistema de pensamiento.

Para pensadores como Descartes, Newton, Rousseau, Diderot, Condorcet, Voltaire, todo lo que existe es considerado inteligible y, a la luz de la razón, el Universo debe develar sus enigmas, uno a uno. El Universo es también los hombres y la forma en que son gobernados. Ahora bien, deben serlo mediante leyes racionales. La razón colectiva debe regir la ciudad y a los individuos (dotados de una libertad y una dignidad nuevas): eso será la democracia.

Racionalismo

El racionalismo alcanza su realización política proponiendo el hábeas corpus, formulando la Declaración de los Derechos del Hombre y desencadenando las revoluciones estadounidense y francesa en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero la tiranía de la razón —como sus sueños— puede también producir monstruos. Y, por ejemplo, el Terror aparecerá bajo la Revolución francesa como la expresión de la intolerancia de la razón, tal como la Inquisición lo fue de la fe.

El progreso de la ciencia y de la técnica a lo largo del siglo XIX confirma la potencia del orden racional. Una y otra van a favorecer la expansión conquistadora de Europa más allá de sus fronteras. Y, paradójicamente, el triunfo del racionalismo europeo va a significar una catástrofe cultural para los demás pueblos de la Tierra. Las potencias europeas, gracias a la temible fuerza de su maquinaria militar, someten, colonizan, explotan a los hombres de los cinco continentes. Las demás culturas no perciben del genio racionalista más que su arrogancia, su suficiencia, su brutalidad, antes de perecer con frecuencia bajo el hierro, la sangre y el fuego.

En la propia Europa, la racionalidad científico-técnica y las aberrantes racionalizaciones políticas lanzan a los Estados a matanzas monstruosas y abominables en el transcurso de las dos guerras

mundiales. Las peores regresiones del espíritu —Auschwitz, el Gulag— se producen en nombre de la razón política y de la ciencia materialista.

El ciudadano esperaba de la ciencia un dominio de la naturaleza que, creando mejores condiciones de vida, debería, sobre todo, permitir al hombre —liberado de sus necesidades más duras— una mayor disponibilidad para la vida interior y para las más altas actividades de la cultura. Sin embargo, favoreció el desarrollo del ingenio nuclear y de armas biológicas o químicas espantosas. Hasta el punto de que algunos autores, como André Malraux, llegaron a preguntarse: “El problema que se nos plantea hoy es si en esta vieja tierra de Europa el hombre ha muerto, sí o no.” y Paul Valéry constatará: “Nosotros, como civilización, sabemos ahora que somos mortales: habíamos oído hablar de mundos desaparecidos por completo, de imperios idos a pique con todos sus hombres y todos sus ingenios, hundidos en el fondo inexplorable de los siglos, con sus dioses y sus leyes, sus academias y sus diccionarios... Vemos ahora que el abismo de la historia es bastante grande para todo el mundo. Sentimos que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida.”

La muerte de los campos

Después de la segunda guerra mundial, Europa quedó dividida, vencida, destruida. Sus posesiones, dispersas en las cuatro esquinas del mundo, recobraron poco a poco, entre 1947 y 1965, el dominio de sus destinos. La descolonización sirvió para recentrar a Europa sobre ella misma. Pero se trataba de una Europa amputada, desarmada, vencida.

La desaparición de los conflictos intraeuropeos y de serias amenazas extra europeas conduce a la mayor parte de los Estados de Europa occidental a buscar una fórmula de concertación entre sí ya fundar la Comunidad Económica Europea (CEE). El repliegue sobre sí misma le permite a Europa olvidar su antiguo expansionismo. Su debilidad militar y política de hoy borra su antiguo belicismo y su absoluta hegemonía sobre el planeta entre 1492 y 1914.

Una especie de purificación tiene lugar en Europa cuando retorna sobre sí con todas las descolonizaciones cumplidas. Esta purificación

debe permitir la exaltación de los valores universales creados en el viejo continente –libertad, derechos del hombre, democracia– y hacer olvidar el comportamiento agresivo practicado fuera de sus fronteras: dominación, explotación, sometimiento.

Todo el período que transcurre desde el final de la segunda guerra mundial hasta los años setenta es también el de un extraordinario despegue económico. Más allá de cualquier decisión política, este despegue entraña transformaciones radicales en las mentalidades y en las costumbres. En poco tiempo, las poblaciones europeas pasan de la penuria a la abundancia, se lanzan a cuerpo descubierto hacia el consumismo. Mientras, se despuebla el campo, los artesanos desaparecen y las prácticas religiosas se extinguen.

El modelo de civilización urbana impregna poco a poco al conjunto de los países. Los grandes medias –primero el cine y la radio, y luego la televisión, sobre todo– difunden el modo general de vida; la publicidad armoniza los comportamientos, dicta las compras, selecciona los objetos. Un esquema medio de vida cotidiana se va estableciendo... Mientras las familias explotan, rotas por la revolución de las costumbres, la libertad sexual, las reivindicaciones feministas, van apareciendo nuevos problemas como el estrés o la soledad, problemas de afectividad, etc. Los mismos problemas afectan, con ligeras diferencias, a Europa entera.

Europa se ve confrontada hoy a tres graves crisis: económica, demográfica y cultural. La crisis económica es bien conocida por todos y tiene varios componentes. Al principio sorprendió con su repentina aparición, hacia 1973, ligada al encarecimiento de los precios del petróleo. De hecho ya venía de lejos, puesto que la potencia europea descansaba sobre un modelo industrial antiguo: sobre el carbón y el acero, sobre la base de la siderurgia.

A partir de ahora, la clave del éxito económico ya no residiría en la potencia siderúrgica o en el colosalismo manufacturero, sino en el control informático de la producción, en el dominio de los mercados exteriores y en la “cerebralización” de las máquinas. La imperiosa necesidad de exportar deja a Europa a merced de los mercados internacionales, dependientes ellos mismos de la

crisis planetaria, así como de los aleatorios mercados financieros y de las fluctuaciones monetarias. Mientras el comercio internacional sigue siendo regido por una moneda no europea: el dólar.

La crisis demográfica amenaza hasta el punto de que podría conducir a Europa a su desaparición. La tasa de fecundidad (1,53) es ya insuficiente para la simple reproducción de la población europea. Ésta decrece regularmente en términos absolutos y relativos. En 1939 representaba el 18,4 por 100 de la población mundial; en 1997 más del 10,2 por 100; y en el año 2000 ya más de un 8,4 por 100.

Pero la crisis es también –y posiblemente en primer lugar– cultural. Es obligación de los intelectuales pensar la cultura, y particularmente la cultura de Europa. Pero demasiadas presiones se dan hoy día para destruir o reducir el papel de los intelectuales.

Los intelectuales deben afrontar, más allá de las dificultades específicas ligadas a la complejidad de la realidad actual, el problema de su enorme descrédito. Un descrédito debido a una pesada carga de errores en el pasado, ya las causas indefendibles a las que algunos de ellos han servido como cómplices durante mucho tiempo.

A pesar de esto, el rol del intelectual sigue siendo indispensable en un mundo en el que la ciencia, por primera vez en la historia, ostenta en solitario la legitimidad de la verdad. Todo el mundo le da la razón. Frente a ello, la cultura zozobra en lo que Michel Serres ha llamado “el desastre educativo global” de las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, la propia ciencia tiene necesidad de intelectuales, de hombres de cultura, aunque no sea más que para ayudar a responder a los graves problemas de deontología y de ética que no cesan de aparecer y que el progreso y los nuevos descubrimientos obligan a plantearse constantemente. Se lo ha visto recientemente con motivo de la crisis de las “vacas locas”, del escándalo de la sangre contaminada y del asunto de las hormonas del crecimiento contaminadas. Por no hablar de los problemas filosóficos que plantean las biotecnologías, y en particular la serialización del ADN, la patentabilidad de lo vivo, la clonación de mamíferos superiores adultos, etcétera.

La ciencia sin los hombres de cultura puede conducir, como sabemos, a la barbarie. La cultura aparece, pues, como indispensable, hoy más que nunca. Pero, ¿qué cultura?

Las cuatro culturas

Cuatro culturas coexisten en los países europeos: cultura antropológica, cultura humanista, cultura científica y cultura de masas. Pocos individuos dominan las cuatro, puesto que no hay entre ellas más que débiles conexiones. Por otra parte, son excluyentes, incluso aunque quepa decir con exactitud que la cultura actual es la suma de las cuatro.

La cultura antropológica es la de las tradiciones ancladas en las costumbres, la de los pueblos y el campo, la de las ferias y fiestas, los refranes y las supersticiones, las recetas campesinas, los remedios de la abuela y el buen hacer artesano. Esta cultura, enterrada bajo las otras tres, determina aún con fuerza las mentalidades y está en el origen de numerosas antinomias y graves incomprensiones.

La cultura humanista conoció su apogeo en el siglo XVIII. Se interesa por el hombre, la naturaleza, el mundo y la sociedad en tomo a problemas fundamentales: el bien, el mal, la vida, la muerte, Dios, el más allá, etc. Descartes, Montaigne, Pascal, por ejemplo, que fueron a la vez filósofos, sabios y escritores, representan esta cultura. y propusieron grandes síntesis sobre estas cuestiones muy generales.

Por el contrario, la cultura científica exige la especialización. Produce un vértigo de conocer por conocer, que la conduce a no preguntarse por ella misma. Las grandes preguntas-base de la cultura humanista carecen aquí de objeto.

La cultura de masas está constituida igualmente por una cantidad enorme de informaciones que se destruyen sin cesar, se mezclan unas con otras y se transforman en “ruido.” Por un momento se temió que esta cultura de masas invadiera por completo el espacio del ocio hasta el punto de que, después de los años sesenta, en las sociedades europeas se generalizaron el consumo de masas, la práctica de las vacaciones, el uso del automóvil, el gusto por el tiempo libre y el hábito de la televisión. Todo esto se extendió por Europa a partir de finales de los años cincuenta, provocando una verdadera revolución en las costumbres.

La Europa de la televisión, la Eurovisión, se convierte en realidad a partir de junio de 1954. Los países del viejo continente se sumergen entonces en una nueva era de la comunicación. Poco a poco, se van cubriendo de un denso bosque de antenas. y comienza la era del audiovisual, de la imagen electrónica. Una nueva civilización apunta. Su matriz se ha elaborado en Estados Unidos y es, por vez primera en dos siglos, extraña a Europa.

El ojo del cíclope electrónico lo transforma todo rápidamente: costumbres provincianas y costumbres familiares, el tiempo del ocio y el espacio de la mirada. Una forma de vida, aún rústica, se desfonda. La última muerte de la cultura campesina. La escena de la política-espectáculo se pone en marcha. La televisión obliga, en particular a los políticos, a revisar su propio sistema de expresión. Las elecciones legislativas se transmiten y dan lugar a “noches electorales.” Da prueba de su creciente influencia en este campo el hecho de que la televisión sea situada, incluso en los países democráticos, bajo la vigilancia del poder.

Los políticos creen que sus conciudadanos son fácilmente manipulables. Ciertamente, ningún medio de comunicación es más eficaz que la televisión; a condición de despolitizar el discurso electoral, de hacerle sufrir una verdadera sangría del sentido y de reemplazar el contenido por el espectáculo. Esto entraña una práctica reversibilidad de los discursos y los programas: tanto la derecha como la izquierda evitan progresivamente cualquier alusión a referentes demasiado concretos, confundiendo en el simulacro. Al elector-espectador le cabe elegir al más simpático de los candidatos. El espectáculo se apodera de la política, la imagen domina sobre la reflexión.

La televisión se instaure como el ágora central de la vida política; impone a los políticos la necesidad de adquirir, frente a las cámaras, una expresividad completamente teatral. El efecto del dominio del discurso y del cuerpo se revela cada vez más indispensable. Por otra parte, convertida efectivamente en medio de masas, la televisión convierte en caduco, superado, todo lo preexistente. Por efecto de ruptura, provoca una especie de amnesia en el espíritu de los nuevos telespectadores.

Para éstos, el mundo tiene ya dos tiempos: antes y después de la televisión. Los políticos que no aparecen en la pequeña pantalla no tienen existencia real.

Influencias de la publicidad

El poder de las imágenes es aprovechado por la publicidad. Los spots cortos, de ritmo rápido, constituyen un género televisual muy seductor. Transforman el ritmo general de este medio. La televisión se convierte en un arte del clip, de lo chispeante, a uno o dos planos por segundo. Esto provoca una reducción del lenguaje fílmico, una uniformidad de las estructuras y de las formas utilizadas. Todos los filmes terminan por parecerse.

Esta simplicidad formal facilita su comprensión. Aplicada a las series televisivas o a los docudramas, esta facilidad máxima favorece una gran difusión y, a causa de esto, algunas series estadounidenses (*Colombo, Vallas, Star Trek, Expediente X*) han sido o son proyectadas en el mundo entero, convirtiéndose incluso en el único patrimonio cultural común de gran parte de la humanidad.

Los spots publicitarios y sus técnicas de seducción ejercen también gran influencia sobre los telediarios, que han experimentado, durante los años setenta, una transformación radical debida en particular a la introducción de un presentador único. Personaje capital, porque da una coherencia aun conjunto fuertemente diversificado propio del telediario y, al mismo tiempo, permite dramatizar su construcción según las reglas de la ficción o del entretenimiento. El presentador se convierte en la información principal del telediario, en detrimento de los acontecimientos. Walter Cronkite, Barbara Walters o Dan Rather, en Estados Unidos, han suscitado tales simpatías que su propia personalidad anula o difumina la información que aportan. Son ellos los que mantienen la credibilidad a los ojos de los telespectadores.

Pero incluso la cultura de la televisión se dislocó bajo la violencia y el choque de la crisis económica de mediados de los años setenta. Lo que esta crisis puso de relieve fue la extrema fragilidad energética de Europa, así como la necesidad de una reconversión —una reestructuración— en un momento en el que jóvenes Estados, sobre todo del sureste

asiático, producen a mejor precio que las empresas europeas, por carecer de leyes sociales, y suscitando numerosas deslocalizaciones.

Las nuevas mutaciones tecnológicas han sido aprovechadas en ciertos países (Japón, Taiwan, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong, entre otros Estados del Pacífico asiático especialmente) mejor que en Europa.

En este contexto de siniestralidad acaba de repente la guerra fría. Un poco ante la sorpresa general, y se piensa que esta gran victoria occidental va a entrañar, como por arte de magia, el fin de la crisis, el ingreso en una nueva era de prosperidad.

1989

Gran cantidad de ilusiones, de esperanzas, nacieron efectivamente tras los fecundos acontecimientos de la segunda mitad del año 1989: en particular, la “revolución de terciopelo” en Praga, la caída del muro de Berlín y el fin de la tiranía en Bucarest.

De pronto, los 70 millones de muertos en los campos de batalla, en los campos de exterminio, en las deportaciones o a causa de pandemias y hambrunas vinculadas a las guerras entre agosto de 1914 y mayo de 1945, parecían no haber sido sacrificados en vano. “La historia y la moral se reconcilia”, pudo afirmar el escritor (y presidente checo) Václav Havel, pensando que había llegado la hora de erigir la sociedad en la que tantos intelectuales habían soñado, basada en las virtudes democráticas, la ética y la responsabilidad, en la que lo esencial no sería ya el beneficio y el poder, sino el sentido de la comunidad y el respeto al otro.

Instante equívoco y efímero. Puesto que luego los cambios torrenciales se han sucedido y demasiadas imágenes muy poco heroicas han venido a anular y velar las del triunfo de las libertades. En particular, por centrarnos en Europa, las de la guerra de Bosnia; insoportables escenas de civiles machacados por una violencia que produjo 140.000 muertos, 70.000 mutilados, 3 millones de refugiados... “La mecánica del castigo”, de la que habla el ensayista George Steiner, se puso en marcha, estimulada por la explosión irracional de los nacionalismos, el vértigo de los fraccionamientos y el huracán de los odios.

“Y pensar que el siglo comenzó con ideas tan generosas y de tan grandes figuras; Freud, Kafka, Gide, Sartre, Camus... –suspira la intelectual italiana Rossana Rossanda. La fuerza de la cultura europea hasta mediados de siglo estuvo en la mixtura, el mestizaje: se nacía en Budapest, se residía en Viena, se escribía en alemán, se hablaba en húngaro...”

En la ex Yugoslavia, el desencadenamiento reciente de los sadismos y de las barbaries plantea una vez más, a los filósofos ya los intelectuales de nuestro tiempo, la cuestión de la condición humana; las «limpiezas» y las «purificaciones» étnicas ridiculizan la propia idea de humanidad, de democracia, y dan cuenta del fracaso de la Ilustración. La impotencia de Europa para evitar esta tragedia e impedir la inicua partición de Bosnia mina su propio proyecto de construcción comunitaria.

La escritora Susan Sontag, que, para dar testimonio de su solidaridad con la población bosnia, puso en escena en Sarajevo, en agosto de 1992, la obra de Samuel Beckett Esperando a Godot, estimaba que “como Godot, los habitantes de Sarajevo esperaron vanamente una intervención de Europa que nunca llegó...” Ningún avance de la civilización puede basarse en la indiferencia respecto a un crimen, y el que fue cometido en Sarajevo es efectivamente uno de los más grandes de este fin de siglo.

La vecindad con este drama sangrante expande sobre las sociedades europeas los resabios del remordimiento y una especie de sentimiento de náusea. Para numerosos creadores, todo esto se añade al malestar ya la melancolía provocados por la actual confusión ideológica. A los ojos de muchos de ellos, los contenidos de las concepciones tradicionales de “derecha” o “izquierda” se han convertido en completamente vacíos. El horizonte de la esperanza parece haber retrocedido hasta el punto de que son muy pocos los que perciben el nacimiento de nuevos sueños colectivos: “Los estudiantes, a los que impartía enseñanza en otro tiempo –cuenta George Steiner–, tenían, todos, ventanas abiertas a la esperanza: fuera Mao, Allende, Dubcek o el sionismo. Existía siempre un lugar en el que se luchaba para que el mundo cambiara. En la actualidad, eso ha terminado.”

A imagen de las sociedades occidentales, la mayoría de los intelectuales no se ve claramente en el espejo del futuro. Parecen ganados por el desaliento, intimidados por el choque de las nuevas tecnologías, perturbados por la mundialización de la economía, preocupados por la degradación del medio ambiente, desconfiados respecto a las grandes instituciones (Parlamento, justicia, policía, escuela, medicina, medias), y, en fin, muy demoralizados por una corrupción proliferante –heredera de la ola extraordinaria y desenfrenada del dinero fácil durante los años ochenta– que ya lo gangrena todo. Ante las mutaciones, los desórdenes y los conflictos que se multiplican en este fin de siglo, los creadores han quedado sumidos en la perplejidad. Demasiadas perturbaciones zarandean al mundo; los hitos más estables se tambalean, ceden y son finalmente arrastrados por la avalancha de los acontecimientos. “Lo que es más impresionante –constata el escritor mexicano Carlos Fuentes– es que, hace tres años, todos celebrábamos un prodigioso fin de siglo; se hablaba entonces del fin de la historia, de la solución de los problemas, del triunfo del capitalismo y de la democracia. Tres años después, nos encontramos sumidos en la perplejidad más extrema. Todo ha de reformularse. Todo ha de repensarse.”

Una profusión de nuevos problemas en todos los órdenes ha surgido bruscamente. Algunos radicalmente inéditos, como el desmontaje de las economías planificadas; otros, muy arcaicos, los ultranacionalismos inspirados por la ideología «sangre y suelo» y sus identificaciones místicas regresivas, que provocan las absurdas y trágicas “guerras étnicas.”

Estas perturbaciones de gran amplitud obligan al viejo continente a repensar la solidaridad y la confrontación y, al mismo tiempo, le enfrentan al retorno del nacionalismo ya una crisis del socialismo.

Estas mutaciones se plantearon en un momento en que la guerra en Bosnia, los debates sobre el tratado de Maastricht, así como la crisis del sistema monetario sacudían fuertemente la construcción europea, esta moderna y estimulante utopía sobre la que empiezan a preguntarse algunos si no será, también ella, una criatura de la guerra fría.

A todo esto se añade el agravamiento de la recesión económica. Los avances en la productividad obtenidos gracias a las tecnologías informáticas han estimulado fuertemente la competitividad de las empresas. Esta competitividad ha sido alzada al rango de condición indispensable para imponerse en la jungla de la “economía mundializada”, y se traduce en una baja real de empleados y en despidos masivos. La lógica del mercado, la del librecambio y la de la búsqueda del máximo beneficio se traducen de esta forma, en Europa occidental, en paro, pauperización, degradación de la calidad de vida, amenazas contra los sistemas de protección social y contra la creación cultural.

A este respecto, las negociaciones de la OMC (Organización Mundial del Comercio), que incluyen cuestiones relevantes de la producción cultural, en particular en el sector del audiovisual y de la industria cinematográfica, preocupan al conjunto de los medios culturales europeos. Estados Unidos, que ha impuesto su modelo en el campo de la cultura de masas, está efectivamente decidido a hacer derogar cualquier directiva que permita imponer cuotas de películas europeas a las cadenas de televisión del viejo continente, y los creadores se alarman.

Otra cuestión que la nueva televisión impone desde hace poco tiempo es un modelo diferente, multipolar y de envergadura planetaria; gracias a la compresión digital, el número de cadenas que se proponen tiende a aumentar sin límite, en función de segmentos cada vez más estrechos de público. Los temas y los campos de las cadenas de selección digital se hacen así tan diversos como el número de revistas en un quiosco de prensa. Esta televisión es, por lo general, de pago.

En el lado opuesto, las últimas cadenas generalistas sitúan su propio universo en el centro de sus preocupaciones. El mundo de la televisión se convierte en su objetivo principal; de ahí la importancia de las estrellas de la pequeña pantalla, las emisiones desde un plató y el papel protagonista reservado al telespectador.

En resumen, la televisión se concentra en tomo al único tema que interesa al mayor número de espectadores y que constituye con mucha frecuencia su única cultura: la televisión misma. Las emisiones dominantes en las cadenas generalistas son ya los telefilmes, los juegos y los programas

en los que la vulgaridad es reivindicada explícitamente como el lazo de comunicación fundamental con el gran público.

Mediante una rápida concentración de capitales se han constituido recientemente diversos megagrupos de comunicación; aspiran a controlar una cuota de audiencia más amplia que la de su mercado tradicional, y hacen previsiones ambiciosas a escala europea o mundial. Estos grupos adoptan actualmente lo que se ha dado en llamar una «estrategia multimedia» y producen imágenes adaptadas a la multiplicación de las redes de difusión.

Un telefilme, una emisión, un reportaje, en resumen, un programa audiovisual —por medio de un sistema informático— se rentabiliza ya mediante el número de sus difusiones, aseguradas por diversos medios: ondas hertzianas, magnetoscopio, cable, satélite... y esta multiplicación de los soportes de difusión ha acelerado notablemente la circulación de los programas, entrañando consecuencias importantes: por ejemplo, ha obligado a los grupos de comunicación a lanzarse a una verdadera guerra de imágenes con la esperanza de controlar y acumular, con talante industrial, el conjunto de los soportes de difusión, único medio de conservar o alcanzar la máxima audiencia. La búsqueda de la más amplia audiencia permite vender al precio más alto los espacios publicitarios y rentabilizar las imágenes a fin de cuentas.

El resultado económico entra así en contradicción con la cultura y la democracia. Parece que se ha olvidado la advertencia lanzada por el escritor Raymond Queneau ya en 1938: “El objetivo de cualquier transformación social es la felicidad de los individuos y no la realización de leyes económicas ineluctables”

Narciso y Prometeo

En el actual clima de pesimismo cultural, son muchos los creadores que parecen tentados por el repliegue individualista y por el “revisionismo estético.” Otros optan por el compromiso, incluso aunque parezca algo pasado de moda; así, el pintor Miquel Barceló, considerado como una de las revelaciones más brillantes de la pintura contemporánea, que vive en Malí, expresa su rebeldía ante las desigualdades entre el norte y el sur: “Las cosas más atroces son tal vez las menos espectaculares,

como por ejemplo la forma en que Occidente aplasta al Tercer Mundo entre el Banco Mundial, los créditos y el control de las materias primas de los países más pobres del mundo, Es ésta una situación más cruel que la del colonialismo, Al menos durante el colonialismo los países del norte se sentían obligados a construir carreteras y escuelas, Ahora no tienen ninguna obligación. Es la rapiña pura”

De esta forma, situados ante la alternativa clásica de tener que elegir entre la imitación de Narciso, enamorado de sí mismo, y la de Prometeo, que interviene en favor del género humano robando el fuego a los dioses, son muchos los creadores que siguen prefiriendo a este último, no ignoran los riesgos, saben a qué interminable agonía fue condenado el titán –atado con cadenas de bronce en la cumbre del Cáucaso, un águila acudía devorarle el hígado, que siempre renacía–, pero los asumen porque sienten que está en juego la salvación de la cultura. Una vez más, los creadores retoman el desafío de tener que expresar los sufrimientos de una época a través de su talento, mucho mejor de lo que serían capaces de hacerlo los políticos o los expertos. Saben también que, según Esquilo, el suplicio de Prometeo cesará el día en que un inmortal ocupe su lugar, y que, entonces, la humanidad estará salvada.

